



el Caballo rojo

Suplemento dominical
de El Diario de Marka

Lima, 12/6/83 No. 161 Año IV

Dirección : Antonio Cisneros
Edición : Luis Valera
Redacción : Rosalba Oxandabarat
Mito Tumi
Diagramación : Lorenzo Osorio
Fotografía : Beatriz Suárez
Coordinación : Charo Cisneros
Impresión : EPENSA

**Por una revolución en el marxismo
Algunos poetas italianos
Chaplin y los dictadores
Perú: puertas cerradas a la esperanza**



Piura: el infierno de agua

Habla Javier Diez Canseco

Cuando Ayacucho nos alcance

Carta

Lima, 7 de junio de 1983

Señor
Antonio Cisneros
Director de *El Caballo Rojo*

Querido Antonio:

En estos momentos duros, sólo en tu Rocinante de la noble causa del pueblo puedo expresar mi estupor y mi protesta por el abaleamiento de Carlos Arrasco Castillo — cristiano, temeroso de Dios — ocurrida el lunes en las escalinatas del Palacio de Pizarro.

Peruano, de treintín años, con estudios de Contabilidad, sin trabajo, sobrevivía haciendo de tramitador (qué vida, como la tuya o la mía, o la de Mateo). En fin, uno más de los pobres de esta tierra: sin padrinos y sin futuro. Sólo con la Palabra de Dios quemante en los labios (tú bien sabes que para El no importa la Iglesia a la que pertenezcas).

Los hechos del lunes comenzaron cuando Carlos predicaba el fin de los tiempos en la plazuela de Pizarro. Imagino que el inflamado verbo causó inquietud, turbó los espíritus, desordenó el mediodía. Vino la Guardia Civil y lo maltrató. Les contestó que a nadie hacía daño, que denunciaba a los inicuos. La gente silbó y protestó logrando su precaria libertad. Sin armas y sin camisa se dirigió al palacio presidencial flanqueando las rejas y la guardia. ¿Quería hablar con Belaúnde?, ¿transmitirle un oráculo de Yahvé?, ¿quejarse de la policía?, ¿acusarlo delante de Dios? Nadie lo sabe. Pero la guardia viéndolo como estaba lo vio peligroso, amenazante, subversivo y lo abatió de un balazo.

Inmediatamente, como por arte de biribirio, en alguna prensa los sabios de siempre señalaron "sueto", "alterado mental", "loco" porque hiciera lo que nadie sabe lo que quiso hacer. Ahora, Carlos muy mal herido, vilipendiado y escarnecido, sin derechos ciudadanos, sin diputados o senadores opositores de su lado (tú sabes lo que me cuesta decirlo), sin levitas y sacerdotes que lo reconozcan como hermano, sin perro que le ladre, paga la locura de protestar contra las plagas naturales y de los gobernantes y ansiar el fin de estos tiempos y advenimiento de un cielo nuevo y una nueva tierra. Un gran abrazo.

Alfredo Quintanilla



El modelo empírico de este proceso venía dado en "La condición de la clase trabajadora en 1844" de Engels, que hablaba de la industria textil inglesa; y el análisis de las fuerzas que presionaban en este sentido estaba sucintamente enunciado en el "Manifiesto". El carácter revolucionario del proletariado plenamente desarrollado se deducía de su situación existencial y había ya sido delineado de manera vigorosa en "La sagrada familia": "Puesto que la abstracción de toda la humanidad — y también la apariencia de humanidad — es casi total en el proletariado plenamente desarrollado; puesto que las condiciones de vida del proletariado representan el punto focal de todas las condiciones inhumanas en la sociedad moderna; y puesto que el ser humano se ha perdido en el proletariado pero ha ganado allí mismo una conciencia teórica de esta pérdida y está siendo empujado por necesidades inevitables y absolutamente imperiosas... a rebelarse contra esta inhumanidad, por todos estos motivos, el proletariado puede y debe emanciparse". Este punto de vista del nexo entre la comprensión del mundo y su transformación, no fue nunca cambiado de manera fundamental por Marx y Engels durante su vida.

¿Cómo se ha sostenido esta fe en el proletariado — en cuanto portador y agente del cambio revolucionario — a la luz de la experiencia acumulada en 100 años desde la muerte de Marx? No muy bien, debe ser la respuesta.

Para empezar, en los países de capitalismo altamente avanzado no ha habido revoluciones, no obstante las expectativas que se derivan de la teoría del desarrollo capitalista expuesta en "El capital". El motivo principal de lo anterior está en que después de 1850 el desarrollo del proletariado tomó un cariz completamente diverso del previsto en el pasaje citado de "La sagrada familia". La ganancia real (valor de la fuerza-trabajo) aumentaba gradualmente y en la lucha de clases — aun si a veces continuaba con situaciones de alta conflictividad — se establecía como meta para los trabajadores, más el mejoramiento de su posición dentro de la estructura del capitalismo que la transformación revolucionaria del sistema. En consecuencia, aun antes del final del siglo XIX, sindicatos y partidos marxistas — aunque continuaban a proclamar su consagración a metas revolucionarias — se habían convertido de hecho en organizaciones reformistas.

No se debe suponer que Marx y Engels no tuvieran en cuenta la discrepancia entre su imagen inicial del proletariado y la realidad de la que eran testigos a medida que pasaban los años. Entre los muchos ejemplos que podemos citar recordemos que Engels en una carta a Marx del 8 de abril de 1863 escribía: "Casi toda la energía re-

Por una revolución en el marxismo

— Paul M. Sweezy

Una cuestión crucial del marxismo era y es la relación entre materialismo histórico y revolución proletaria. La respuesta tal como la habían visto Marx y Engels en sus primeros trabajos, era más bien directa y poco problemática. Se percibía que la revolución industrial estaba atravesando rápidamente Inglaterra y otras zonas relativamente desarrolladas de Europa occidental con la inevitable consecuencia de la difusión de la mecanización y del sistema de las fábricas y, por lo tanto, del crecimiento tanto relativo como absoluto del proletariado, es decir, de una clase trabajadora dependiente y sin bienes.



volucionaria del proletariado inglés ha desaparecido, el proletariado inglés está declarando su completa adhesión al dominio de la burguesía". Además, Marx y Engels conducían una lucha intensa y sin descanso contra aquello que consideraban una falta de empeño y comprensión revolucionaria en los movimientos de las clases trabajadoras con las que se habían asociado, y sobre todo en la Primera Internacional y en el Partido Social Demócrata alemán. Una de las más famosas declaraciones programáticas de Marx, la "Crítica del programa de Gotha", era de hecho una intensa polémica — a la postre sin éxito — contra el tentativo de programa tibio y por cierto no revolucionario preparado en el 1875 para la unificación de dos grandes partidos alemanes de trabajadores.

I

Por motivos que no podemos analizar aquí, de todas formas, estas reiteradas valoraciones negativas sobre el desenvolvimiento de la clase trabajadora desde 1850, acompañadas de inevitables resentimientos, no dejaron huellas, sin embargo, en aquel

marxismo que sus mismos fundadores transmitieron a sus primeros seguidores. El "Manifiesto comunista" y "El capital" quedaron como los textos principales del movimiento y las figuras más importantes de la Segunda Internacional (fundada en el 1888) con Kautsky en primera línea, continuaron hablando sin resultados de la doctrina de la revolución proletaria. Fue solamente en el 1914, cuando los partidos nacionales que integraban la Internacional se dividieron — tanto entre ellos como internamente — sobre el problema de la defensa en guerra, que el potencial revolucionario del movimiento marxista en los países de capitalismo avanzado se reveló como un mito.

Paradójicamente fue en este contexto que el mito recibió un nuevo impulso de vida. Lenin, como líder y principal portavoz de los bolcheviques rusos, un marxista ortodoxo, denunció a los cabecillas de las facciones y de los partidos socialistas reformistas y los definió no como representantes legítimos de los trabajadores, sino como traidores de ese proletariado internacional dotado de las características que Marx y Engels le habían atribuido

desde el principio. Su posición fue en breve y enormemente reforzada por el triunfo de los bolcheviques durante la revolución rusa de 1917. El partido bolchevique era en realidad un partido proletario en el sentido del marxismo clásico. En el momento decisivo la más fiel fracción revolucionaria de la dirección convenció a los indecisos y se apoderó así del gobierno. La experiencia parecía refrendar el análisis defendido por Lenin desde las divisiones de 1914, es decir que aquello que impedía cumplir al proletariado su misión revolucionaria era una dirección que se había apartado de sus raíces proletarias y que no representaba a la entera clase de los trabajadores, sino más bien a una pequeña franja superior ("la aristocracia del trabajo") que, en realidad, se había inclinado hacia el bando de los capitalistas.

Esta interpretación, y la teoría de la aristocracia del trabajo sobre la cual se basaba, se convirtió en la ortodoxia del movimiento comunista en el período posterior a la Primera Guerra Mundial y a la revolución rusa. Los nuevos partidos comunistas de los países desarrollados tendrían que asumir el comando de los trabajadores, irían a salvar a los revolucionarios rusos en dificultades, y devolverían el tren de la historia a los carriles de los que temporalmente se había apartado a causa de los errores de la Segunda Internacional y de sus partidos miembros reformistas.

II

Pero las cosas no sucedieron así. Con pocas excepciones, los partidos comunistas de los países desarrollados no llegaron a conquistar el apoyo mayoritario de las respectivas clases trabajadoras, no fueron capaces de frenar el crecimiento del fascismo durante los años treinta, y ninguno de ellos se acercó siquiera al poder. Además, durante el largo período de expansión capitalista después de la Segunda Guerra Mundial, los partidos comunistas que habían tenido relativamente más éxito — los llamados partidos eurocomunistas — se volvieron cada vez más reformistas. Hoy, cien años después de la muerte de Marx, es imposible encontrar una argumentación válida para sostener la tesis que por tanto tiempo ha sido profundamente defendida por el marxismo, es decir, que el proletariado en los países de capitalismo avanzado está destinado a ser el agente de la transformación revolucionaria.

Y sin embargo, el marxismo no sólo ha sobrevivido, sino que en los cien años transcurridos desde la muerte de Marx ha afianzado su fuerza de atracción y validez de manera más universal que cualquier otro conjunto de ideas — seculares o religiosas — en la historia de la humanidad. ¿Cómo podemos explicar esta aparente paradoja?

Para responder a esta pregunta debemos trasladar nuestra atención de los países de capi-

talismo avanzado de Europa occidental (los cuales constituían, por obvios motivos históricos, el interés principal del marxismo en el siglo XIX) hacia el sistema global del capitalismo que, si bien profundamente arraigado en la época del mercantilismo que va desde el siglo XVI hasta todo el siglo XVII, se transformó en una fuerza autónoma decisiva que llegó a ajustar las diversas partes del conjunto y sus conexiones internas apenas hacia el final del siglo XIX y los comienzos del XX.

Aun sin haber nunca negado ni ignorado el carácter supranacional del capitalismo, Marx no intentó elaborar una teoría del funcionamiento del sistema como conjunto; se pueden hacer interpretaciones contrastantes de los diversos pasajes de su obra que tratan el argumento. Aquí debemos solamente constatar que esa que al final del siglo XIX se convirtió en la visión marxista ortodoxa, en efecto eludía del todo el problema al recurrir a la simple generalización del desarrollo del capitalismo en los países avanzados (véanse el "Manifiesto" y "El capital") a todo el mundo. En esta visión, una secuencia de estadios que se habían verificado o que presumiblemente se habrían verificado en Occidente, se repetirían también en el resto del mundo: feudalismo, revolución burguesa, industrialización, polarización de las clases (burguesía contra proletariado), revolución proletaria, socialismo. El traslado de la atención de los países de capitalismo avanzado hacia el capitalismo global se hizo de modo que pareciera un problema puramente cuantitativo que no requería ninguna corrección teórica o revisión específica.

De todas formas, gradualmente y por caminos que acá no trataremos, llegó a ser cada vez más evidente que una aproximación de tal tipo sería del todo inadecuada. La proliferación del capitalismo del centro hacia la periferia no tomó las formas de una simple extensión. Más bien, el centro usaba su mayor poder económico, político y militar para subordinar a la periferia e imponer relaciones económicas y estructuras institucionales tendentes a favorecer al centro y a la clase dirigente. Se establecía así en la periferia un altísimo y muchas veces creciente ritmo de explotación cuyo producto excedente resultante se repartía entre las elites locales, la clase dirigente del centro y, en cierta medida, la clase trabajadora del centro.

La otra cara de la moneda era seguramente eso que se denominaba el "desarrollo del subdesarrollo": obreros y campesinos empobrecidos, desocupación masiva, agricultura e industria orientadas hacia la exportación y los mercados de lujo, relativamente escasa creación de puestos de trabajo para poblaciones con crecimiento demográfico acelerado. En la periferia la propagación del capitalismo produjo una masa de seres humanos

que corresponden muy estrechamente a la descripción hecha por Marx y Engels del "proletariado plenamente desarrollado" en la "Sagrada Familia", aquellos cuyas "condiciones de vida representan el punto focal de todas las condiciones inhumanas en el ámbito de la sociedad moderna".

III

¿Hay entonces una razón para maravillarse de que el desarrollo del capitalismo en la periferia haya sido seguido por la pro-

das durante años, las cuales han alcanzado muchas veces el estado de artículos de fe casi religiosa. Es claro que ha llegado el momento en el cual los marxistas deben tratar de reinterpretar al mundo y de, al mismo tiempo, criticar las viejas interpretaciones bajo las cuales han sido educados. En este momento no podemos hacer otra cosa que indicar algunas de las cuestiones más importantes que deberían abrirse campo en aquello que se podría definir el programa del centenario:

1. No hay ninguna duda acer-

parecen inevitables. Los marxistas deberían saber más cosas al respecto: qué tienen en común, cómo se diferencian en relación a sus distintas historias procedentes, a sus posiciones particulares en el sistema global y a sus diversos recursos naturales. Sin un conocimiento de estos datos, la comprensión que podamos tener del mundo en los últimos años del siglo XX puede ser definida como tristemente incompleta.

2. Por lo que se refiere a la cuestión de cambiar el mundo, de mejorarlo, existen muchos interrogativos problemáticos entre los cuales se debe prestar particular atención al siguiente: ¿qué tipo de sociedad están creando las revoluciones del siglo XX? ¿Hasta qué punto éstas son socialistas en el sentido del marxismo clásico, o hasta dónde son sociedades en transición hacia el comunismo (una sociedad sin clases y sin Estado, con una actitud distinta respecto al trabajo y con una distribución según la necesidad)? ¿Hasta qué punto son sociedades clasistas con características propias y particulares leyes de desarrollo? Dependiendo de las respuestas dadas a estos interrogantes, los marxistas tendrán opiniones distintas sobre el papel de estas sociedades pos-revolucionarias en las revoluciones del porvenir, y opiniones diversas sobre cuáles enseñanzas puedan y deban ser deducidas de las experiencias adquiridas hasta ahora por ellas.

3. La historia ha demostrado que el potencial revolucionario en el sistema capitalista, al menos hasta ahora y para el futuro inmediato, reside en la periferia y no en el centro como se suponía en el marxismo. Pero esto no quiere decir que el centro tenga menos necesidad de la revolución que la periferia; ambos están ligados íntimamente entre ellos y tarde o temprano deberán compartir el mismo destino. El marxismo no es, por consiguiente, de poca importancia para el centro, aunque desde la mitad del siglo XIX haya padecido un prolongado declive. De lo que el marxismo del centro tiene urgentemente necesidad es de un renacimiento basado en una nueva comprensión de la historia de la expansión del capitalismo en la periferia, y en una revaluación del papel de los revolucionarios durante un periodo que tal vez se medirá en términos de generaciones y no de años ni decenios, puesto que las condiciones para el logro de una revolución no existen. En parte, esto quiere decir que los marxistas del centro deben curarse las enfermedades del racismo y de la arrogancia imperialista, la cual ha sido padecida por la mayoría de ellos desde el nacimiento, y al mismo tiempo, aceptar con sinceridad las implicaciones implícitas en las grandes probabilidades de que de ahora en adelante sean y sigan siendo seguidores y no líderes revolucionarios.

(Traducción: Héctor Abad)



liferación del marxismo? Si consideramos el hecho de que la periferia del capitalismo se extiende en nuestros días a todos los ángulos de la tierra, deja de ser un misterio la fuerza de atracción universal ejercida por el marxismo. Los nuevos proletarios son masas siempre más grandes de humanidad deshumanizada en aquella parte que hoy viene siendo llamada Tercer Mundo.

Estos desarrollos no ponen en discusión la naturaleza del marxismo como fue concebido por sus fundadores alrededor de 1840. Permanece el doble propósito: interpretar el mundo y transformarlo. Pero las dimensiones y la complejidad de ambos aspectos de esta aspiración se han modificado de tal manera que se pueden poner en duda toda una gama de ideas y convicciones desarrolla-

ca de las capacidades que tiene el nuevo proletariado de aportar la fuerza motriz para alcanzar una transformación revolucionaria. Esto ha sido comprobado por toda una serie de revoluciones en el Tercer Mundo después de la Segunda Guerra Mundial. Retrospectivamente, vemos que la revolución rusa, no obstante el papel desempeñado por el proletariado industrial en su primera fase, estaba en esencia mucho más cercana a una revolución del Tercer Mundo que a una revolución socialista del proletariado, es decir, del tipo que el marxismo originalmente se figuraba que se verificaría en los países de capitalismo avanzado del centro. A medida que la crisis del mundo capitalista se extiende y repercute con gran fuerza en los países de la periferia, otras revoluciones en el Tercer Mundo

Jazz

EL "BLUES"

(I)

¿Quién no ha oído hablar del "blues" (con s al final, y jamás sin ella, como solemos verlo escrito por los profanos y hasta por serios críticos y cultos periodistas)? ¿Cuántos libros no se han publicado sobre su génesis, esencia y difusión! La palabra, por lo usada, se ha convertido en un tópico: un sinónimo de tristeza, nostalgia o sensualidad; un lugar común o recurso manido que la identifica, ¡equivocadamente!, con la lentitud en el desplazamiento, lo tardo en la reacción o respuesta, la morosidad en el estilo o el pago de una deuda y hasta lo desacertado, por ejecutado a destiempo, de una maniobra militar, erótica, política o ignorancia—traducida, semánticamente explicada o desentrañada.

¿Qué significa "blues"? No existe, es verdad, traducción exacta, pero sí más o menos aproximativa: ideas negras, "bronca" (en la Argentina), "nevada" (en Arequipa), tedio sin causa, malestar difuso y hasta "resaca", "perseguidora", es decir el estado de ánimo moral y fisiológico que sigue a una noche de juerga (¡con alcohol y todos los demás aditamentos: droga, mujeres, cháchara y polémicas estériles y sin destino!) Una definición por todo lo alto nos la da el gran crítico francés Charles Delaunay: El "blues" es una música individual, personal, una especie de lamento de la vida y el amor, que refleja con fuerza singular los sufrimientos de todo un pueblo, la tristeza y la indignación de todos los que fueron liberados después de la Guerra de Secesión (1861-1865) Y más adelante, el mismo Delaunay agrega: Al principio de la década de 1900, cantantes de "blues" como Ma Rainey y Bessie Smith hicieron su aparición en el circuito del vaudeville y las grabaciones de la década de 1920 desataron un furor por los "blues" que se extendió por todos los EE.UU.

Y finalmente —pero provisionalmente, porque he de seguir con este tema capital y apasionante— la docta opinión de James L. Collier sobre el "blues", y en la cual recalca el origen entrañablemente popular del "blues"—matriz y fuente del jazz—: ...yo encuentro una válida razón para creer que los "blues" provienen de los cantos de trabajo: para mí, el contenido de los "blues" tiene muchos más puntos de contacto con el de los cantos de trabajo que con el de los "spirituals".

¡Yo, por mi parte, execro la tiranía del espacio! (Francisco Bendejū).